

Repetido
C 104
4
J. HAZAÑAS
El memorialista.
N. 15.

EL MEMORIALISTA.

EL MEMORIALISTA

COMEDIA DE GRACIOSO EN DOS ACTOS

arreglada al teatro español



POR

DON LUIS OLONA

Representada con gran aplauso en el Teatro de VARIEDADES, el 24 de Diciembre de 1849.

TERCERA EDICIÓN

MADRID: 1885
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

PERSONAJES.		ACTORES.
DOÑA ISABEL.............	Doña	M. Ramos.
PAULINA.................	»	N. Casset.
DOÑA TELESFORA.........	»	M. Bardán.
MARTINA.................	»	J. Ramos.
DON BRUNO..............	Don	M. Jiménez.
DON BLAS...............	»	J. Aznar.
DON FÉLIX..............	»	J. Catalina.
TEODORO................	»	B. Flores.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una plaza. A la izquierda del actor la casilla del memorialista, abierta de frente al público: la puerta á la izquierda de éste, dando á la plaza, con una muestra que dice: «Bruno, memorialista.» En el fondo interior de la casilla una ventana. A la izquierda una cortina de lienzo remendada que oculte la cama del memorialista. La mesa, con todos los avíos de escribir, está atravesada, dando también frente al público. La puerta de la casilla está cerrada. A la derecha del una casa de regular aspecto.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX, saliendo por la izquierda y tiritando de frio.

FEL. Geeee! Cáspita, y qué frio! Con esto de ir todas las mañanas al cuartel al despuntar el día... Capricho es del coronel hacernos salir de ejercicio antes que aparezca el sol! Verdad es que luego nos viene de perlas. En fin... geeee! (Poniendo una mano en el corazón.) Quién diría que al mismo tiempo que estoy tiritando, siento aquí un fuego... Sí. El fuego del amor, que calienta á veces más de lo que uno quisiera... Ay! Entre los infinitos séres que estarán acurrucaditos en estos momentos, y durmiendo á pierna suelta, existe uno... es decir, una... (Señalando al balcón de la casa de la derecha.) Allí, allí mora

mi adorado dueño. Allí reposa, mientras yo todas las mañanas vengo á contemplar sus balcones, puestas las manos en los bolsillos, el cigarro en la boca y con la nariz más fría que un sorbete, permaneciendo largo rato y desafiando el fresco viento del Guadarrama con el Vesubio de mi corazón. Cuántas reflexiones no se me... Calle! Siento ruido en sus habitaciones! Abren las maderas. Sin duda el amor mío se ha levantado... Ay! Si pudiera columbrar... no. Están echadas las cortinillas. Cuándo, ídolo de mis entrañas, podré llamarme tu esposo! Aquí me tienes dando diente con diente de puro cariño, y dispuesto á adorarte más que nunca, á conducirte ante el ara del himeneo, á disputar tu mano á quien osara arrebatármela! Y vaya si la disputaría! Si yo tuviese un rival... No quiero pensarlo; pero le buscaría y en un santiamén, zas, zis, uno, dos, plan. (Jugando con su mano derecha como si lo hiciera con su espada, y dando con el dedo una estocada á Martina, que en aquel momento sale de la casa, y que dá un grito sobresaltada.)

ESCENA II.

DICHO.—MARTINA.

MART. Ay!

FEL. (La criada.) Perdona, Martina; no te había visto, y...

MART. Cómo! Es usted, señor don Félix? Por qué daba usted estocadas á la puerta?

FEL. Yo? Por nada. (Si pudiera conseguir que llevase un recado á Paulina...)

MART. Disimule usted que le deje. Voy á la compra, y no me es posible detenerme, porque hoy tengo que disponer una comida de muchos platos, y...

FEL. Hola! Don Blas, tu amo, da hoy algún convite, eh?

MART. Vaya! Y en grande. Como que es en celebridad del contrato de boda que ha de firmarse entre

el necio de su hijo y la señorita Paulina, su pupila.

FEL. Cielos! La señorita Paulina dices?

MART. Cabal! No sabía usted que iba á casarse, siendo usted amigo del amo? Pues sí. A los veinte años era natural que la señorita tomase estado.

FEL. La va á casar! Vamos, es imposible... Yo lo aver... digo, ya lo averiguaremos con el tiempo.

MART. Qué tiempo ni qué ocho cuartos! Ayer se decidió la cosa, y hoy. .

FEL. Y con su hijo Teodoro!

MART. Eso es lo malo. Tan necio, tan...

FEL. Sí; tan animal como su padre, ya lo sé. Pero esto es increible! Teodoro, que es cazurrón, uraño...

MART. Así lo parece; pero de aguas mansas nos libre Dios. No sabe usted como yo lo que es el niño!

FEL. De veras?

MART. Sin ir más lejos, esta noche no ha parecido por casa.

FEL. Ha pasado la noche fuera!

MART. Como usted lo oye!

FEL. Entónces es... un libertino, un calavera! Y pretenden casarlo con Paulina, sacrificar á esa inocente! No: jamás! Antes le atravesaré de parte á parte.

MART. Ave María Purísima! Qué está usted hablando? Por qué se le han subidó los colores al rostro?

FEL. Porque amo á Paulina hace seis meses; porque la adoro con toda mi alma.

MART. Qué escucho? Ay! Cuénteme usted, cuénteme usted.

FEL. No ibas á la compra?

MART. Que se esperen los amos. Será cosa de no poder una hablar con los amigos que se encuentran al paso? (Hablan bajo Félix y ella.)

ESCENA III.

DICHOS, al lado derecho de la escena; DON BRUNO, levantando la trampa volante con que oculta el fondo de su casilla al público.

BRUNO. Aaaaah!... (Bostezando y haciendo la señal de la cruz en su boca. Tiene un gorro de dormir puesto.) Jesús, María y José. Pues señor. Sea tarde ó temprano, he dormido como un lirón. Aaaaah! Dale! (Bostezando de nuevo.) Si estaré bostezando toda la mañana!

FEL. (A Martina.) No puedo creer que Paulina ame á ese hombre. (Mirando al balcón.) No, Paulina, tú no le amas.

MART. Pues me gusta! Se pone á hablar con el balcón! (Un reloj da las seis.)

FEL. Cielos! Las seis! Ya estoy haciendo falta en el cuartel.

MART. Ay, Dios mío! Y yo que debía haber vuelto ya de la compra. (Coje la cesta que antes puso en el suelo.)

BRUNO. Digo! Las seis nada ménos! Señor Bruno, esto ya es ser muy regalón. Ea! Vamos á peinarnos. (Se quita el gorro y se pone la peluca.) Ya estoy. (Don Félix entretanto sube la escena para irse, y Martina también.)

FEL. Martina! (A Martina, bajando de nuevo y deteniéndola.)

MART. Qué quiere usted?

FEL. Es preciso que tú me protejas; que digas á Paulina...

MART. Yo, no; yo no quiero mezclarme en esas cosas.

FEL. Martina, te lo ruego! (Tomándola una mano.) Ah! El estafermo de don Blas! Por eso no tenía ya reuniones en su casa. Por eso ponía en la calle sin más cumplimientos á cuantos jóvenes demostraban hacer la corte á Paulina.

MART. Pues como llegue á sospechar de usted lo más mínimo!...

FEL. Ah Martina, Martinita!... (Volviendole á estrechar la mano.)

BRUNO. (Durante este tiempo, don Bruno ha abierto la puerta de su casilla y se prepara á barrer.) Tate! El bello sexo en picos pardos con el Dios Marte!

En guardias españolas,
yo tengo mi amor. (Cantando maliciosamente.)

FEL. (A Martina.) Te digo que es preciso que yo la hable; vamos, no te niegues á auxiliarme.

BRUNO. Que todos los domingos... (Cantando.)

FEL. Sé caritativa, mujer. (La abraza.)

BRUNO. Me dá un apretón. (Cantando.)

MART. Pero suélteme usted.

FEL. No te suelto, hasta que no accedas á mi ruego.

BRUNO. Titón, titón, titón, (Cantando.)
tipitón, tipitón,
tipitooooon!

FEL. Eh? Qué es eso? (Volviéndose.)

BRUNO. No hay que molestarse por mí. Nada. Yo cierro los ojos.

FEL. Qué dice ese hombre?

MART. Ah! Es usted, don Bruno?

BRUNO. (A Martina.) Hola, bella parroquianita!... Perdona, hija, si te he interrumpido. Pero continúa tu coloquio. Voy á hacerme el disimulado. Eh! buñolera! no se escribe hoy al novio? (De pronto, dirigiéndose al foro, izquierda.)

FEL. (Miéntras á Martina.) Conque lo dicho. Luego iré yo á verla, pretestando que visito á don Blas, y...

MART. Pero si hoy mismo se firma el contrato. En fin, quede usted con Dios, porque de lo contrario, no voy á comprar en toda la mañana. Don Bruno, hasta luego.

BRUNO. (En la puerta de su casilla.) Adios, yema acaramelada. De buena gana me comería una! (Entra en su casilla.)

ESCENA IV.

DON FÉLIX.—DON BRUNO.

FEL. Hoy se firma el contrato! No. Yo lo impediré,

aunque para ello sea preciso apelar á un rapto. Quieren casarla con un hombre á quien detesta! Sí, sí, ella le detesta.

BRUNO. Qué voces da el Dios Marte.

FEL. Ah! Una idea luminosa!

BRUNO. Vamos, tendrá frío y querrá calentarse la lengua!

FEL. Consigamos al menos retardar la boda; y si mi rival tiene corazón y es caballero...

BRUNO. Adónde habré puesto mis espejuelos? (Buscando entre sus papeles.)

FEL. No hay que vacilar. Precisamente aquí hay un memorialista. (Entra bruscamente en la casilla de don Bruno.) Buen hombre!

BRUNO. Quién vive? (Que estaba de espaldas se vuelve azorado.) Ah! Cáspita! Y qué susto me ha dado usted.

FEL. Yo!

BRUNO. Si ha entrado usted como una bala de cañón! Es verdad que siendo usted militar...

FEL. Bien, bien. No perdamos inútilmente el tiempo. Necesito que me escriba usted una carta que voy á dictarle.

BRUNO. Cómo! No sabría usted por ventura escribir?

FEL. Vamos, hombre. (Con impaciencia.)

BRUNO. No se enfade usted, señor oficial. Eso no es ningún crímen. Se han visto tantos valientes que no sabían poner la cu... Usted me dirá que eso sucedía ántes de la enseñanza mútua y de las escuelas gratuitas, y de tantas invenciones... que por más señas nos han arruinado á nosotros los memorialistas. Picardía como ella! Todo el mundo sabe escribir en estos tiempos! Concibe usted mayor abuso?

FEL. Acabará usted, ó se le figura que yo no tengo otra ocupación que estarle escuchando! Ea, siéntese, y al grano.

BRUNO. Poco á poco. Déjeme usted siquiera arreglar la mesa, y... (Sonriéndose.) Este es mi campo de batalla, y todas las mañanas es preciso pasar revista. Yo soy muy afecto á la milicia. Veinticinco años hace que siento este ardor guerrero,

y... Hablo del ardor cuando me mandan trabajar. Tenga usted la bondad de sentarse.

FEL. Despachemos, por todos los santos del cielo.

BRUNO. Un momento. Espere usted á que corte la pluma. Arma, escribe...

FEL. Todavía? Deme usted papel. Voy á hacer el borrador. (Se sienta y escribe.)

BRUNO. (Dándole papel.) Allá va. Póngase usted cómodamente. Siento que me haya usted cogido así... tan de casa... Apenas he tenido tiempo de acicalarme un poco...

FEL. Qué hablador tan sempiterno! (Escribiendo.)

BRUNO. Sin embargo. Me he puesto mi levita... Querrá usted creer que no sé escribir si no tengo la levita puesta? Y no es tan extraño. Yo conocí á un grande hombre que cuando componía sus obras se ponía una chinela en el pié derecho y una bota de montar en el izquierdo.

FEL. (Oh!) (Impaciente y escribiendo.)

BRUNO. Ay! Entónces, en vez de esta pobre morada, vivía yo como un príncipe... en una boardilla de la calle de la Comadre! (Impacientándose con la pluma que está cortando.) Anda! La he abierto hasta el tronco. (Con ira.) Es una infamia, caballero, las plumas que nos venden hoy día. Yo las compraba antes en los almacenes de papel, y... detestables. Las compro ahora en las tiendas de comestibles... Peores aún.

FEL. Quereis dejarme acabar?

BRUNO. Con mucho gusto. (Ya habría yo escrito dos pliegos lo menos.)

FEL. Hé aquí el borrador. (Concluyendo.) (Dentro de una hora se acaba la lista y...) Conque, escriba usted.

BRUNO. Corriendo. Soy todo orejas.

FEL. Empiezo, pues: «Teodoro, Paulina...» (Notando.)

BRUNO. Ya! Se trata de una señorita... Inglesa, española ó bastarda?

FEL. Qué dice usted de bastarda, señor mío? (Enojado.)

BRUNO. Hombre, por qué se enfada usted así? Ah! Vamos. Ya caigo. Usted creía que hablaba yo de

la joven?... Cá! Si era de la letra...

FEL. De la letra?

BRUNO. Pues! Le preguntaba á usted cómo la quería.

FEL. De cualquier modo. Vaya.

BRUNO. En ese caso, española, eh? Es la que más se usa.

FEL Cualquiera, hombre, cualquiera.

BRUNO. Bien. Conque... decíamos?...

FEL. «Teodoro, Paulina...» (Con la pluma en la mano, esperando que el otro dicte.)

BRUNO. Permítame usted. (Don Félix da una patada en el suelo con impaciencia) No sea usted tan vivo de génio! Si me dicta usted Teodoro Paulina! Entendámonos. Es Paulina ó es Teodoro? Es Teodoro ó es Paulina?

FEL. Escúcheme bien, ó le dejo. «Teodoro: Paulina no puede amar á usted...»

BRUNO. Ah! Ya. Teodoro en el encabezamiento, y luego en otro renglón, Paulina no puede... Sí, sí. Pero confiéseme usted, que como notaba Teodoro Paulina...

FEL. Escribe usted ó no? (Colérico.)

BRUNO. Pues para qué estoy aquí sino para servirle?

FEL. Paulina no puede amar á usted. (Dictando.)

BRUNO. (Al mismo tiempo escribe.) Es un bonito nombre el de esta joven. Yo me acuerdo de cierta canción que se hizo sobre él...
Si Paulina me mira enojada... (Cantando.)

FEL. «No puede amar á usted.» Está?

BRUNO. Sí señor.

FEL. Cielos! Su tutor! (Viendo, desde donde está, salir á don Blas de su casa.) Hablemos quedo! (Empuja la puerta de la casilla, cerrándola.)

BRUNO. «No puede amar...» (Repitiendo lo que escribe, alto.)

FEL. Baje usted la voz.

BRUNO. Eh! «No puede amar á usted...» (Quedo.)

ESCENA V.

DICHOS, en la casilla.—DON BLAS.—En seguida, TEODORO

BLAS. (Saliendo de la casa de la derecha.) Esto es capaz

de hacer perder la paciencia á un santo! El tal Teodorito sin volver de la comisión que le dí; al medio día tiene que firmar su contrato de boda. Como que todo está dispuesto.

BRUNO. Conque, según voy viendo, quieren sacrificar á esa pobre niña! (Bajo á Félix.)

FEL. Eso no le importa á usted. Escriba y calle.

BRUNO. Callo y escribo.

BLAS. Voy á ver si le encuentro en el parador de diligencias. Es preciso tener un alma de cántaro como la suya, para... (Vase.)

FEL. Cuando digo que ésta debía ser una s. (Leyendo la copia.)

BRUNO. Y yo repito que está bien puesto con c.

FEL. Si sabré yo ortografía.

BRUNO. Ya! Porque leerá muchos libros modernos, no es esto? Pues no me convence. Si esos escritores lo ponen con s, yo soy tambien un escritor como ellos, y lo pongo con c. Cada uno tiene su opinión... y siempre protestaré contra esas revoluciones. Es decir, según. Aquí, donde usted me vé, sostuve un sitio desde mi casilla el 7 de Julio. Qué día aquél! chos! chiss! Llovían las balas de un lado y de otro... Me acuerdo que, ciego de entusiasmo, disparé mi escopeta... y maté á un gato del vecino de enfrente. El pobre animal cruzaba á la sazón, y yo, que ví una sombra... zas! lo tumbé patas arriba. Pero qué gresca, válgame Dios! A mí me rompieron dos cristales. Después pedí indemnización, y mandaron darme media onza. Media onza á un valiente! Qué baldón! La tomé, por supuesto. Conque escribo con c, por las razones que le he dicho.

FEL. (Viejo testarudo!)

BRUNO. Continúe usted dictando.

FEL. Renuncie usted, pues, á esta unión... (Dictando.)

BRUNO. A esta unión... que causaría mi desesperación. (Escribiendo.)

FEL. Qué dice usted?

BRUNO. Nada. Es un consonante que se me ha ocurrido.
«Renuncie usted á esta unión,
que causará mi desesperación.»

No está mal, he? También yo hacía versos *in illo tempore*, para los ciegos que cantan en las esquinas. Pero desde que han dado en aprender las coplas de los grandes ingenios... vaya, adelante.

FEL. (Pues no dura poco la dichosa carta.) «Retarde usted el contrato un solo día... se lo exijo en nombre del honor.»

BRUNO. (Escribiendo.) En nombre del honor... y soy su afectísimo servidor. Otro consonante! Hoy estoy yo de vena.

FEL. (Maldito seas!) Del honor... punto. Al fin concluimos.

BRUNO. Qué! Nos quedamos en el honor? Algo seca vá la carta? Firme usted.

FEL. No, cerradla.

BRUNO. Calle! Es anónima. (La cierra.)

FEL. Ponga usted el sobre. A don Teodoro.

BRUNO. Don Teodoro de qué?

FEL. Nada más, hombre.

BRUNO. Pues ya tiene que trabajar el cartero, si ha de dar con él.

BLAS. (Sale.) Está visto. El majadero de mi hijo no va á volver.

FEL. Qué le debo?

BRUNO. La carta vale tres reales, pero á los militares les llevo siempre dos. (Se oye llamada lejana de tambores.)

FEL. Cielos, la hora del ejercicio, y yo aquí todavía! Don Blas! (Va á salir, vé á don Blas y retrocede.)

BRUNO. Yo soy el tambor de la guardia real... (Cantando.) Tararf, tarará...

TEOD. (Sale.) Gracias á Dios que llegué. (Sale embozado en una capota y con un pañuelo á la cabeza debajo de una gorra de camino.)

FEL. Teodoro! Cómo evitar que me vea. (Entra en la casilla.)

BLAS. (Viendo á Teodoro.) Ah, bergante! Es esta hora de volver?

TEOD. Toma! Y yo qué culpa tengo de que la diligencia no ande más de prisa.

BLAS. Ya! Con que...

TEOD. Pues! Quiere usted que los caballos se revienten? Usted como no tira de ella...

BLAS. Desvergonzado!

BRUNO. Eh? Qué está usted haciendo? (A don Félix que sale á la calle por la ventana del fondo.) Mi teniente! Eh!... Calle! Risss! Se echó á volar como un jilguero. (Se asoma á la ventana.)

BLAS. Pero acabas de decirme como está mi fábrica de papel?

TEOD. La fábrica? Si viera usted qué espectáculo tan divertido! Cuando llegué ardía por los cuatro costados.

BLAS. Estúpido!

TEOD. Vamos, si aquello parecía un vesubio napolitano.

BLAS. Con que era verdad la noticia! Y me la das con esa cara de Páscuas?

BRUNO. Pues señor. No corre más un galgo. Pero... Esta sí que es negra! No me ha pagado la carta. Eh! Eh!... (Llamando por la ventana.)

TEOD. No se aflija usted, padre. Más vale que se haya quemado la fábrica, que á usted le hubiera salido un lobanillo.

BLAS. Quítate de mi vista, animal!

BRUNO. Yo no pierdo mi trabajo... digo, dos reales nada menos. Eh! Caballerito! (Sale corriendo, tropieza con Teodoro. Este vacila y empuja á don Blas.)

TEOD. Ay!

BLAS. Caramba!

BRUNO. Perdone usted.

TEOD. Insolente!

BRUNO. Eh! Calle! Qué facha tan ridícula! Guárdeme usted la cría de esa gorra. (Se va por la izquierda corriendo.)

TEOD. Cómo se entiende! Voy á perniquebrarlo.

BLAS. (Deteniéndole) Quieto aquí. Se le figura á usted que no hay otros quehaceres más importantes? Está visto. No tengo (Paseándose agitado.) otro medio de salvar mi fortuna que la boda de mi hijo con Paulina. Teodoro... Hoy mismo voy á firmar tu contrato de casamiento.

TEOD. Hoy? Me siento muy cansado para casarme.

BLAS. Qué dices? (Enfurecido.)

TEOD. Nada. Ne se ponga usted tan fosco. Haré lo que usted me mande.

BLAS. Pero á quién has salido tan bestia, dí?

TEOD. Cómo bestia? Pues no he oido decir á usted siempre que tenía yo todo el aire de familia?

BLAS. Si no mirára.. Ven acá; cuenta con decir á nadie que has estado fuera de Madrid, ni que se ha incendiado la fábrica. Esto debe ser por hoy un secreto para todo el mundo, inclusa tu madre.

TEOD. Cómo inclusa? Eso es una calumnia, y al pícaro que diga que mi madre no es hija de matrimonio...

BLAS. No es eso, avestruz, no es eso.

TEOD. Bueno; ya me callo.

BLAS. He querido decirte que ni aun tu madre sepa esa ocurrencia. Sus malditos nervios la tienen en un estado tal, que la menor cosa...

TEOD. Sí, sí; comprendo. Descuide usted.

ESCENA VI.

DICHOS.—DOÑA TELESFORA, que trae un perrito con un cordón de seda. Debajo del brazo un enorme devocionario. Sale por la izquierda.

TEL. Psss! Psss! Vamos, anda, hijo mío! Que vamos á llegar tarde á la misa!

TEOD. Hola! Aquí está su prima de usted.

BLAS. Telesfora?

TEL. Adios, primo! Ay! Qué día tan frio hace! A no ser porque le prometí á Paulina venir por ella para llevarla á la misa de tropa!...

BLAS. Sí. Te lo dijo an che.

TEL. Tú, tan bueno? Me alegro. Yo también voy desechando mis males. Adios gracias, solo me vá quedando el reuma, los tiritones de vientre, la jaqueca, el histérico y el grano consabido.

TEOD. Pues está usted hecha una manzanita.

TEL. Ven acá; Jesús! Y que pensión de perro. Si no

fuera tan mono! Mira, mira qué hociquito y qué...

BLAS. Perdona, pero ahora estoy sumamente ocupado, y vé á avisar á Paulina de que Telesfora la aguarda.

TEL. Sí, sí. Me harás un gran favor... no porque me cueste trabajo el subir, sino porque tu gata se avalanza al perrito, y un día le vá á sacar los ojos.

TEOD. Pues démele usted lo subiré, y así nos divertiremos.

BLAS. Anda, majadero. (Empujándole y haciéndole entrar.)

TEL. Qué poca gracia me hace tu hijo! Si tienes tanto acierto para todos tus demás negocios...

BLAS. (Mis negocios! Buenos andan ellos!)

TEL. Qué es lo que te sucede? Por qué estás tan agitado?

BLAS. Yo? No por cierto. Pero ya ves, ocupado en la boda de los chicos...

TEL. Es decir, que es cosa resuelta?

BLAS. Más resuelta que nunca.

TEL. Dios ponga tiento en tus manos.

BLAS. Calle! Sales ahora con tus ideas de siempre? Vienes tal vez á imbuir en ellas á Paulina?

TEL. Yo? A ver como no se casa con el emperador de Marruecos! A mí qué me importa? Piensas que ignoro yo que la manía de las jóvenes es el matrimonio?

BLAS. Sí. Y la manía de las viejas es criticarlas, porque no pueden hacer lo mismo.

TEL. Qué sabes tú lo que yo puedo, eh? (Picada.)

BLAS. Tengamos la fiesta en paz. Yo no lo he dicho por tí. Ya sé que tú no quieres á nadie.

TEL. Ese es un error tan grosero como el otro. Yo tengo mis afecciones, mi sensibilidad. Yo también amo... Pobrecito mío! Aaaay! (Acariciándole al perro y chillándole.)

BLAS. Vieja más maniática.

ESCENA VII.

DICHOS.—DON BRUNO.—TEODORO.—PAULINA.

BRUNO. Picardía como ella! Irse sin pagarme la carta! Y contentarse con decirme desde léjos... «Ya volveré, ya volveré...» Voto á san Casiano! (Dá una patada y pisa á don Blas.)

BLAS. Ay!

BRUNO. Qué es eso?

BLAS. Uf! Me ha machacado un ojo de pollo!

TEL. Qué barbaridad!

BRUNO. Disimule usted. No le había visto, y estaba de tan mal humor... Calle!

TEL. No lo toque usted, buen hombre!

BRUNO. Qué bonito! (No ví animal más horroroso!) Perdone usted, señora. Cómo se llama?

TEL. Pichichi.

BRUNO. Ay qué nombre tan gracioso! Pichis! Pichirrichicho!

TEL. Vaya! Dele usted un besito.

BRUNO. Yo? Ahora vuelvo. (Yéndose de repente á su cuarto.)

TEL. Qué le ha pasado?

BRUNO. (Dentro de su casa.) Primero besaba al escarolero de la esquina. (Se sienta y se pone á arreglar los papeles.)

(Canta.) Dame un beso, remonona,
que me voy á Puerto Real.

(Sigue murmurando una canción de aire andaluz.)

BLAS. Conque te has enterado? Supongo que no te negarás á inclinar á Paulina á esta boda; á decirla que debe obedecerme, que tal es la voluntad de su difunto padre, que Dios en fin, manda...

TEL. Es decir, que quiera la pobre ó no...

BLAS. Dale! Me vas á quemar la sangre con reflexiones, como hace mi mujer?

BRUNO. (Eh? Parece que el viejo se amosca.) (Desde su casilla.)

BLAS. Los chicos simpatizan...

TEOD. Sí, como los perros y los gatos.

BRUNO. Caramba! Tengo hambre. (Siempre en su casilla.) Si yo almorzara... claro... se me quitaría. Almorcemos. (Empieza á registrar su armario.)

TEOD. Esta carta es una tramoya. (Saliendo con una carta en la mano seguido de Paulina.)

PAUL. Le digo á usted que es muy positiva.

BLAS. Qué! Qué ocurre?

TEOD. Ocurre esta carta... esta carta adrómina!

BLAS. Anónima!

TEOD. Andrónima!

BLAS. Anónima! (Colérico.)

TEOD. Bien; lo que sea. (Poniéndosela delante de los ojos.) Mire usted qué infamia.

BLAS. Trae, majadero. (La abre y lee para sí. Paulina en tanto habla bajo con doña Telesfora.)

BRUNO. (Es particular! Dónde he puesto la libra de queso manchego que compré ayer? Nada. Me la han robado sin duda. Es una tunantada, un... Ah! Ya sé donde está. Me la comí anoche.)

BLAS. (Lee.) «Teodoro. Paulina no puede amar á usted porque usted es un mentecato... un tronera, que sin ir más lejos, ha pasado esta noche fuera de su casa...»

PAUL. Es verdad.

TEL. Jesús! Qué horror! Toda una noche! En qué la has empleado, bribón?

TEOD. Si ha sido porque mi padre me envió...

BLAS. Caba! Lo he tenido ocupado.

PAUL. Eso es por disculparle.

BLAS. Paulina, silencio. (Todos á la par.)

TEL. La víspera de su boda!

PAUL. Lo está usted viendo? (A Telesfora.)

TEOD. Yo soy inocente, sí señora.

BRUNO. Qué escucho? Una disputa? (Con medio pan en la mano.) Calle! cuatro personas! (Se asoma.) Eh! Los grupos están prohibidos. (Gritando.)

BLAS. Silencio, digo! (Callan y él continúa su lectura.) «He resuelto pedir la mano de Paulina...» Cómo se entiende! (Rompe la carta.)

PAUL. Y qué tiene de particular? (A un tiempo y volviendo á reñir.)

TEL. Eso es muy lícito.

TEOD. No lo consentiré.

BRUNO. Que voy á llamar á los agentes. (Desde su casilla.)

BLAS. Vaya usted enhoramala. (Volviéndose á don Bruno.)

TEOD. Digo que soy inocente, Paulina.

PAUL. No importa.

BLAS. Qué quieres decir?

TEL. Ay! Que se asusta mi perro!

BRUNO. (Saliendo.) Pero señor. Este es un motín sin duda. Eh! señores, señoras...

BLAS. Quítese usted de en medio! Quién le mete en lo que no le importa?

BRUNO. Poco á poco. Yo soy un ciudadano como otro cualquiera, que tengo mi domicilio y mi profesión. Este es un escándalo y vengo á evitarlo. Está usted?

TEL. Mira. Vámonos nosotras, que es tarde.

TEOD. Calle! El tío viejo de ese tabuco!

BLAS. El memorialista!

BRUNO. Sí señor, sí. El habitante de ese tabuco, como ha dicho ese mozalvete. Y qué tenemos? El mérito y la filosofía se pueden cobijar en el hueco de una escalera. Diógenes habitaba en un tonel. y... Pero usted es demasiado romo para entender estas cosas. (A Teodoro.)

TEOD. Papá. Y usted consiente?...

BLAS. Tiene razón el señor. El mérito y la... Y en fin, ese don Diógenes debió ser hombre de pelo en pecho, y... Lo ves? Animal! Si hubieras estudiado la botánica, como yo quería, nos veríamos ahora sin saber qué decirle á este buen hombre? Ah! Apropósito. Le necesito á usted.

BRUNO. A mí? Ya lo sé. (A Teodoro.)

A nadie se le trate con desprecio (Declamando.)
como al escarabajo.

No sabe usted la fábula del águila y el...

BLAS. Bien, bien. Basta de sabidurías.

BRUNO. Sí. Tiene usted razón. (Sería echar margaritas á puercos.)

BLAS. Como le dije antes, le necesito, para que me saque en limpio ciertas cuentas de tutoría...

BRUNO. Ya! Las tiene usted sucias?

BLAS. Cómo?

BRUNO. Quiero decir, en borrador.

BLAS. Justo. El pobre Teodoro está tan cansado... (Teodoro se duerme en pié.)

BRUNO. Con efecto.

BLAS. Calle! Se duerme!... Tú, muchacho.

TEOD. Qué! Eh? Caramba! Las piernas se me escapan, y... si me caigo de sueño.

BRUNO. (Mirando las piernas.) Bien pueden echarse á volar según lo flacas. Vean ustedes qué pantorrillas en el año 49... Y luego nos dicen que progresamos.

BLAS. Ea! Vé á vestirte. Yo corro á casa del notario, porque no hay tiempo que perder. Digo .. Cuando se aparece un rival inesperado! Así que vuelva, le daré á usted esas cuentas para que las copie en seguida. (A Bruno.)

BRUNO. Eso y cuanto á usted se le ofrezca, caballero.

TEOD. Conque hasta luego, eh?

BLAS. Sí. Adios. (A Martina que sale por la izquierda con la compra.) Tú, á que no falte la comida para la hora que te he mandado. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON BRUNO.—MARTINA.

MART. Sí. Ya estamos en ello.

BRUNO. (Volviéndose y viéndola.) Hola! Hablabas quizá con ese cara de vinagre!

MART. Como que es mi amo.

BRUNO. Tu amo? Diantre! Y yo que no le conocía... No te doy por cierto la enhorabuena, porque no he visto un sér más irracional en mi vida.

MART. Vaya, don Bruno. Necesito que cuanto antes me ponga usted la cuenta de la compra de hoy.

BRUNO Con mil amores, perita enconfitada.

MART. Jesús! Siempre está usted llamándome yema acaremelada, perita en dulce...

BRUNO. Saca tú la consecuencia.

MART. Cuál?

BRUNO. Figúrate lo que yo haría con una de esas golosinas...

MART. Toma, comérselas.

BRUNO. Pues eso haría yo contigo. Comerte. Hum! (Haciéndolo un gesto espresivo.)

MART. Déjese usted de bromas y despachemos.

BRUNO. Sea; pon aquí tu cesto, y siéntate en este lado. Yo iré almorzando mientras escribo. Conque ese viejo es tu amo! Mire usted qué demonio! Y la vieja que estaba con él, la del perrito, es acaso tu ama?

MART. (Sentada y con el cesto sobre sus rodillas.) Qué! No. Mi ama está mala de los nervios... tiene penas... llora en secreto, y aunque aparenta consentir en la boda que hoy se prepara yo apostaría...

BRUNO. Ya! Conque llora en secreto!... Y quién es la causa de ..

MART. Un gallo. (Dictando y leyendo en un papelito.)

BRUNO. Eh? (Dando un respingo en la silla.)

MART. Que escriba usted. Un gallo, diez reales.

BRUNO. Diez reales.

MART. Pongámosle doce, eh?

BRUNO. Sí, sí. Pongámosle doce. (Yo no los he de pagar.)

MART. No creo que les parezca caro.

BRUNO. Caro? A ver? (Mirándole.) Si es una magnífica pieza! Ay! Pensar que esas gentes se lo han de comer! (Con pena)

MART. Medio queso de bola! (Se sienta de nuevo y dictando.) Este sí ha costado mucho.

BRUNO. A ver? Suculento! Pero chica, este no es queso de bola. (Lo saca.)

MART. Cómo que no? Me quiere usted á mí enseñar?...

BRUNO. Lo repito, y voy á probártelo. (Se come un pedazo.)

MART. Qué hace usted?

BRUNO. Conque decías que tu ama llora en secreto?

MART. Eh! A qué viene eso ahora? Lo que importa es el queso. Van á conocer el mordisco.

BRUNO. Conocerlo? Descuida. Yo salvaré tu reputación. (Coge el cuchillo de la mesa y le corta al queso una rebanada.)

MART. Estese usted quieto. Pues esto es peor aún.

BRUNO. Conque decíamos que tu ama llora en secreto... (Comiéndolo.)

MART. Suelte usted. Esto ya es demasiado. (Le quita el queso y lo guarda.)

BRUNO. Vamos, mujer, no te enfades. Cuánto te ha costado?

MART. Doce reales.

BRUNO. Pues bien. Pondré catorce, para que veas que te quiero de corazón.

MART. Catorce? Si yo quería poner quince.

BRUNO. Sí? Pues quince. Yo sólo deseo complacerte.

MART. Manzanas, peras... (Dictando.)

BRUNO. De agua? (Tomando una del cesto)

MART. Pero que...

BRUNO. Sí. De agua son. (Comiéndosela.)

MART. Jesús! Me quemo.

BRUNO. Y esta es también de agua? (Toma otra.)

MART. Caramba! (Se levanta.)

BRUNO. Conque decías que tu ama llora en secreto...

MART. Déjeme usted en paz. Pretende usted comerse toda la compra?

BRUNO. Pero óyeme, mujer. Por qué llora tu ama?

MART. Qué sé yo.

BRUNO. Pero tú crees que se opone á esa boda... (Echando los ojos á la cesta con intención de acometerla.)

MART. Sí. Mas no lo dice claramente. Y es lástima, porque sólo así podría lograr sus deseos el señor Félix, ese joven militar...

BRUNO. Ya! Ese joven... (Con el cuchillo coge una pella de manteca, y la unta en el pan.)

MART. Animas benditas! Esto es un saqueo. Ea. Deme usted mi cuenta. Yo no quiero estar más aquí.

BRUNO. Toma, merenguito mío!

MART. Lo dicho; si no me voy, nos deja á todos sin comer. (Saliendo.)

BRUNO. Pero oye. No me pagas?

MART. Demasiado se ha cobrado usted, viejo goloso!

BRUNO. Déjate de bromas!

MART. Estoy de prisa! (Don Félix saliendo por el foro izquierdo.)

FEL. Martina, Marti... (Martina entra en la casa de don Blas, y cierra.)

BRUNO. Calle! Mi deudor! Dos reales! (Acercándose á don Félix.)

FEL. Cielos! Aquí viene Paulina! (Mirando á la derecha.) Cómo valerme para hablar á solas con ella?

BRUNO. (Y se hace el distraido!) Caballero... señor oficial...

FEL. Eh? (Volviéndose á don Bruno.)

BRUNO. Diez y siete cuartos. (Poniendo la mano.)

FEL. Cómo?

BRUNO. Cómo, como? Como que los debe usted de la carta que le escribí hace poco.

FEL. (Ah! Qué idea!) Quiere usted ganarse dos duros... cuatro... seis...

BRUNO. Toma! Y ocho, y diez, y doce, y... vaya una pregunta!

FEL. Pues bien. Ve usted aquella señora que viene hacia aquí con una joven?

BRUNO. Aquella señora! Calle! La vieja del perrito!

FEL. Justamente. Se atreve usted á hacer de manera que el perro se le escape?

BRUNO. Yo?

FEL. Cuatro duros de regalo.

BRUNO. De veras? Está hecho. No digo un perro, aunque trajera una jauría.

FEL. Tome usted. (Le da dinero.)

BRUNO. Cielos! Yo con este caudalazo! (Haciendo saltar las monedas en la palma de la mano.)

FEL. Ya están ahí. Ea, manos á la obra. (Se entra don Félix en la casilla.)

ESCENA IX.

DICHOS.—DOÑA TELESFORA.—PAULINA.

TEL. Conque, hija mía, después de cuanto te he dicho espero que obedecerás á tu tutor.

PAUL. Sí señora; veo que no hay otro remedio.

BRUNO. Señoras... (Poniéndoseles delante.)

TEL. Vaya! Entremos.

BRUNO. Señoras... una palabra. Ustedes, sin duda, son personas devotas...

TEL. Eh? Perdone usted por Dios, hermano. No traigo suelto.

BRUNO. Suelto? Ni agarrado le pido á usted nada. (Saca á hurtadillas un cortaplumas.) Pero veo que vienen ustedes de misa. Quizá de San Luis.

TEL. Precisamente.

BRUNO. Pues! cuando yo decía... (Que ha procurado en vano cortar la cuerda del perro.)

TEL. Estate quieto, hijo mio. (Volviéndose al perro.)

BRUNO. Sabe usted cuándo predica el padre Bartolo? (Poniéndose otra vez delante.)

TEL. Jesús! En mi vida le he oido nombrar.

BRUNO. (Ni yo tampoco.)

TEL. Con que quede usted con Dios, buen hombre. (Se dirije con Paulina á la casa.)

BRUNO. A los piés de usted. Vaya usted con Diòs. (Siguiéndolas con el cortaplumas en la mano.) Jopo! Th! Th! Jopo! (Muy bajito al perro, y corta la cuerda.)

TEL. Vamos ani... Dios mio! (Volviéndose.) Y mi perro? Dónde está mi perro? Pichichi! Ay mi pichichi!

BRUNO. Qué es eso, señora? (Fingiendo acudir.) Ha tropezado usted? (Don Félix desde la casilla hace señas á Paulina; esta le vé.)

PAUL. Cielos!

TEL. Cá! El perro se me ha escapado. (A don Bruno.) Que me lo han robado quizá.

BRUNO. Háse visto picardía como ella.

TEL. Oh! Un hallazgo decente al que lo encuentre...

BRUNO. Acepto. (Vivamente.)

PAUL. No está allí? Al estremo de esa calle?

BRUNO. Y come no sé qué cosa.

TEL. Alguna pelotilla.

BRUNO. Eh! Pichichi! No comas eso! Chucho!

TEL. Corra usted, corra usted. (Siguiéndole.)

ESCENA X.

PAULINA.—DON FÉLIX.—Este asomando la cabeza por la puerta de la casilla. Aquélla acercándosele con muchas precauciones.

PAUL. Qué imprudencia!

FEL. Paulina, por piedad! Una palabra. Yo la amo á usted. Esa boda es impo...

PAUL. Ah! (Volviéndose asustada y creyendo que viene alguien.)

FEL. Oh! (Ocultando la cabeza y cerrando la puerta. Pausa.)

PAUL. No era nada. (A la puerta, repuesta de su sobresalto.)

FEL. Consentirá usted en una unión que causará nuestra eterna desdicha?

PAUL. Y cómo resistirme?

FEL. Es decir que ama usted á...

PAUL. Ay! (Asustada otra vez. Don Félix vuelve á ocultar la cabeza y á cerrar. Pausa.)

FEL. Venía alguien? (Asomándose de nuevo.)

PAUL. No.

FEL. Repito que esa boda no se verificará. Teodoro ha recibido una carta mía.

PAUL. Era de usted?

FEL. Y merced á ella ganaremos tiempo. Ah! Dígame usted, Paulina, si yo llamase en nuestro auxilio á don Roque, el consejero, que según parece es el íntimo amigo de doña Telesfora....

PAUL. Doña Telesfora no tiene la suficiente influencia con mi tutor. Sin embargo, inténtelo usted, y... Ah! (Asustada de nuevo don Félix se vuelve á meter dentro cerrando.)

ESCENA XI.

PAULINA.—DON BRUNO.—DOÑA TELESFORA.

BRUNO. Aquí está! Aquí está el pichichi! (Corriendo con un animal en brazos.)

TEL. Qué fortuna! Cómo lo cogió usted?

BRUNO. Al revolver de la esquina.

TEL. Ay! Démelo usted. Lo voy á llenar de besos!

BRUNO. Ahí va! (Echa al suelo lo que trae, que es un gato.)

TEL. Santa Gertrudis!

PAUL. Un gato!

BRUNO. Un gato? No, pues yo lo atrapé creyendo que era un perro. Será que habrá mudado de lanas.

TEL. Dios mío de mi alma! Me he quedado huérfana! Qué va á ser de mí!

BRUNO. Con que me da usted el hallazgo?

TEL. Un trabucazo! viejo infame! Mal hombre!

BRUNO. Cómo! Me insulta usted después de haber corrido tras el pichichi!

TEL. Quítese usted de mi vista. Ay! qué desgracia tan grande (Llorando.)

BRUNO. No señora. Yo he ganado el hallazgo; yo no pierdo mi trabajo.

TEL. Quiere usted asesinarme? Ya le he dicho que no le pago.

BPUNO. No?

TEL. No.

BRUNO. Con que no?

TEL. Retenó. Ay mi perro! (Llorando de nuevo.)

PAUL. Doña Telesfora! (Queriendo consolarla.)

BRUNO. Déjela usted que llore. Si, ya que no me paga, quiero recrearme en su desesperación. Y lo que siento es que el perro no hubiera caido en mis manos... para ahogarle... sí... ahogarle.... cra! Con mis propias manos!

TEL. Asesino!

BRUNO. Sí; en este momento soy asesino presunto. Comprendo á Herodes... Si Herodes hubiera estrangulado á los perros. sí, lo comprendo. Comprendo la hidrofobia. Comprendo las morcillas!

TEL. Uf! Qué horror! Quítame de aquí, que me ahogo.

BRUNO. Comprendo en fin todo el bárbaro placer del perricidio!

TEL. Ven; huyamos de este mónstruo. (Se entra con Paulina en la casa, y cierra.)

ESCENA XII.

DON BRUNO, despues una DESCONOCIDA.

BRUNO. Ella será el mónstruo, y la... Voy á ver si el otro me paga. (Entra en la casilla.) Calle! se afufó. (La señora desconocida, cubierta la cara con un velo, sale y entra en seguida tímidamente.)

SEÑ. Señor memorialista! (En la casilla.)

BRUNO. Quién está ahí? (Volviéndose.)

SEÑ. Chit! (Imponiéndole silencio con mucho misterio.)

BRUNO. Eh?

SEÑ. Cerremos la puerta.

BRUNO. Una tapada! Sin duda ésta es una aventura amorosa: un...) Señora...

SEÑ. Cerremos la ventana.

BRUNO. Pues buenas noches. No voy á ver jota. (Ah torpe!) Sí, sí; cerremos la ventana también...

SEÑ. Usted dirá tal vez que este paso es imprudente... (Separándose un poco el velo.)

BRUNO. Cá! No por cierto. (Es gordita! No me han disgustado á mí las gorditas en mis tiempos.)

SEÑ. Pero de él depende el reposo de toda mi vida.

BRUNO. Cómo! Luego yo puedo contribuir á ese reposo... al reposo de toda su vida. (Creo que tiene ojos negros.)

SEÑ. Sí, caballero.

BRUNO. Me precio de serlo. (Ahora se me figuran azules.)

SEÑ. Sí; usted puede contribuir á mi reposo.

BRUNO. Yo? (No, pues parecen pardos.)

SEÑ. Tome usted. (Le presenta un frasquito.)

BRUNO. Eh! Para qué me da usted este tatarrete?

SEÑ. Estoy tan agitada! Tengo tan malos los nervios...

BRUNO. Ya comprendo; usted padece...

SEÑ. Sí; y hé ahí por qué le he dado ese frasquito, que es mi recurso ordinario. Como me dan diez ataques por hora!...

BRUNO. (Zambomba! Pues es un compromiso el tener á

esta mujer al lado. No importa, si es que está enamorada de mis gracias...)

SEÑ. Usted es memorialista?

BRUNO. Por oficio.

SEÑ. Discreto, reservado.

BRUNO. Como un confesor.

SEÑ. Pues bien... (Baja los ojos.)

BRUNO, (Ahora se declara.) Y... qué me proporciona la dicha y el placer de?...

SEÑ. Vengo á dictarle una carta.

BRUNO. Ah! Ya! Se trata de una... (Desilusionado.) Yo creí que era otra cosa.

SEÑ. Cómo otra cosa?

BRUNO. Es decir, que... se le podía haber ocurrido á usted otra cosa que una carta.

SEÑ. Ya!

BRUNO. Pues!

SEÑ. Conque desearía que cuanto antes...

BRUNO. Sobre la marcha. (Se sienta á escribir.)

SEÑ. «Hija mía... Paulina...» (Dictando.)

BRUNO. Calle! Paulina? (Escribiendo.) Yo conozco ese nombre. Paulina!

SEÑ. «Una imperiosa necesidad; el deber de velar por tu honor y el mío...»

BRUNO. (Es una mujer celestial!) Mío!... (Gritando al escribir.)

SEÑ. Ay! (Asustada.)

BRUNO. Qué es eso?

SEÑ. Nada. Creí que... Continuemos.

BRUNO. (Qué espantadiza es la incógnita.)

SEÑ. «Me obliga á romper un silencio que ese mismo honor me imponía.»

BRUNO. Nía. (Repitiendo.)

SEÑ. «Nunca me conocerás, Paulina.»

BRUNO. Ina. (Escribiendo.)

SEÑ. «Pero yo seré la misma para contigo.»

BRUNO. Igo.

SEÑ. Oh! Esta cruel situación... (Enternecida y llorosa.) El alma se me oprime .. me pongo mala.

BRUNO. El vidrillo! (Cogiendo el frasquito y queriéndosele aplicar á la nariz.)

SEÑ. No; no lo necesito. (Descubriéndose un poco.)

BRUNO. Cáspita! Qué magnífico perfil! (Mirándola.)

SEÑ. Escriba usted. (Dictando.) «No te cases, hija mía. Te lo pido por el cariño de madre. Esa boda sería mi muerte.» (A Bruno.) Sí, sería mi muerte.

BRUNO. Bien; no me opongo.

SEÑ. «Vuelve al colegio donde estabas, y espera allí nuevos consejos de...» un momento. (De pronto.)

BRUNO. El chirimbolo. (Creyendo que se pone mala y cogiendo de nuevo el frasquito.)

SEÑ. No es eso, á Dios gracias.

BRUNO. Creí...

SEÑ. Es que necesito que usted me jure el secreto más profundo...

BRUNO. Sobre qué? Yo no me acuerdo jamás de lo que escribo. La costumbre...

SEÑ. Entónces concluyamos. (Dictando.) «De la que no puede decirte su nombre, y es tu madre que te adora »

BRUNO. Ahora la firma?

SEÑ. No.

BRUNO. Qué nombre?

SEÑ. He dicho que no firmo.

BRUNO. Comprendo. (Pues señor, hoy es día de anónimos.) El sobre? (Cerrando la carta)

SEÑ. «A Paulina.»

BRUNO. (Está visto. Este nombre consume hoy mucha tinta.)

ESCENA XIII.

DICHOS, en la casilla, DON BLAS, que sale por el fondo izquierda.

BLAS. Ea! Ya está todo corriente. No perdamos tiempo. Martina! Teodoro! (Gritando.)

MART. Señor! (Desde dentro de la casa.)

SEÑ. Dios mío! Esa voz... Yo muero! (En la casilla asustada.)

BRUNO. Tiene usted ya la cosa?

BLAS. Que se dispongan al momento. (A Martina, que

sale á la puerta de la casa.) El notario nos está esperando. Escucha. (Le habla bajo.)

SEÑ. Qué he escuchado! Ah! (En la casilla.)

BRUNO. El tatarrete! (Presentándola el frasquito.)

SEÑ. Mi carta. Deme usted al punto mi carta.

MART. Diré que bajen. (En la puerta de la casa y respondiendo á lo que don Blas le dice por lo bajo. Entra en la casa.)

BRUNO. Aquí está. Vale tres reales, pero á las señoras (Dando la carta á la señora.) no llevo más que dos.

BLAS. Me olvidaba. (Se registra los bolsillos.)

SEÑ. Ay Dios mío! (También busca en su bolso.)

BRUNO. Eh? Qué apostamos á que me sale con que se le ha olvidado la bolsa?

SEÑ. Me he dejado el bolsillo en casa.

BRUNO. (No lo dije? Estoy lucido hoy con mi trabajo.

BLAS. Voy á que me copien cuanto antes esta relación de las cuentas de tutoría. (Con un papel que ha sacado, se dirige á la casilla.) Hola! Eh! (Llamando.)

SEÑ. Estoy perdida!

BLAS. Memorialista! (Desde fuera.)

SEÑ. Es él.

BRUNO. Quién? Qué diablos es esto?

SEÑ. Si me vé, nos mata aquí á los dos.

BRUNO. Caracoles! Pero explíqueme usted al menos...

SEÑ. Sálveme usted; que no me vea... Sálveme usted.

BRUNO. Sí; aunque no sea más que por la cuenta que me tiene. Pero cómo? Ah! Un medio. Al abrir yo, escape usted.

SEÑ. Mas...

BRUNO. Déjeme usted obrar. Dónde está mi sombrero? Ah! (Coge su sombrero y con las dos manos lo pone con la copa junto al pecho y hacia fuera el hueco.)

BLAS. Memorialista! Qué pelmazo! (Impaciente á la puerta.)

BRUNO. Allá van. Abra usted. Huela usted este forro. (Aparte á la señora, la que abre cubriéndose la cara. Al entrar Blas, Bruno que ha estado preparado con el sombrero, se lo emboca en el rostro; la Señora sale al mismo tiempo.)

BLAS. Hum! (Con la cara en el sombrero.)

SEÑ. Ah! (La señora va á entrar en la casa, pero sale de ella Teodoro, retrocede y se pone detrás de la casilla del memorialista.)

TEOD. Papá!

BRUNO. Mi sombrero! (Blas da una manotada al sombrero y le hace volar.)

BLAS. Aquí había una mujer que huye de mí. (La Señora logra entrar en la casa.)

BRUNO. Déme usted mi sombrero.

BLAS. Tome usted primero las cuentas, pero sepa yo al punto...

BRUNO. Usted me ha quitado mi sombrero. (Le quita á don Blas el suyo, y se lo pone.)

BLAS. Cómo se entiende!

TEOD. Traiga usted eso. (Se lo quita á don Bruno.)

BRUNO. Pues venga este. (Quitándole á Teodoro el suyo.)

BLAS. Que baraunda! (Recogiendo del suelo el de don Bruno y se lo prueba.) Este no es el mío. (Los sombreros en el trueque les están á todos grandes.)

TEL. Una carta de su madre en que la prohibe casarse. (Doña Telesfora y Paulina salen de la casa de la derecha.)

BLAS y TEOD. De su madre!

PAUL. Sí; me la ha entregado Martina.

BLAS. Eso es una farsa.

TEL. Farsa?

BLAS. Y se casarán! Lo quiero... lo mando.

PAUL. Cielos!

BLAS. (A Bruno.) Y usted... usted que ha sido tan insolente...

BRUNO. Calle! Me insulta usted? Pues allá va eso. (Le encaja el sombrero hasta el pescuezo.)

TEOD. A mi padre? (Le pega á su vez á don Bruno en el sombrero, y se lo hunde.)

PAUL. Yo muero!

TEL. Se desmaya!

FEL. (Sale.) Paulina desmayada! Ah! Infame! Por usted. (Le da en el sombrero y se lo hunde.)

TEO. Socorro! Que me matan. (Gritando. Don Blas, don Bruno y Teodoro se dan de puñetazos á tientas. Paulina desmayada en los brazos de doña Telesfora, don Felix socorriéndola y diciendo:)

FEL. Paulina! Paulina mía!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala en casa de don Blas. Al fondo una puerta. Dos laterales. A la derecha mesa con recado de escribir. Un velador á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DON BLAS. — TEODORO. — PAULINA. — DOÑA ISABEL. MARTINA.

(Al levantarse el telón se vé á los personajes que almuerzan al rededor de un velador; don Blas está sentado á la derecha, tiene la servilleta sobre sus rodillas y mira una carta. Paulina á la izquierda, pensativa. Teodoro comiendo á dos carrillos con indecible ansia. Doña Isabel, sentada en un sofá á la izquierda de la escena, observa al soslayo la pantomima que hace don Blas en su lectura. Martina sirviendo el almuerzo.)

MART. Pues señor; de los cuatro no come más que uno, pero come por ocho.

TEOD. Quiere usted este pescuezo de pollo, Paulina?

PAUL. Gracias. No tengo gana.

BLAS. Cuando digo que yo conozco esta letra.

TEOD. Trae más jamón. (A Martina.)

MART. Más? Allá voy. (Vase.)

BLAS. Ni tú tampoco (Levantándose y yendo hacia su mujer, que es la señora del primer acto.) has visto nunca una letra parecida?

ISAB. Yo? En dónde?

BLAS. Por vida de... (Arrugando de ira la carta entre sus manos.)

PAUL. Ay, no la rompa usted por Dios. (Levantándose.)

BLAS. Bueno! bueno! Vamos... (Desarrugándola.) Si cuanto más la miro...

MART. Aquí está el jamón... (A Teodoro, saliendo con un plato.)

TEOD. Bravo! Ah! Trae más merluza... Anda.

MART. Jesús! Qué tragar tan eterno! (Vase.)

BLAS. Ah! Ahora recuerdo! (Asaltado por una idea.) Sí! Tiene una completa semejanza!

ISAB. Cómo? Con qué? (Asustada.)

BLAS. Con la primera carta que recibió ayer Paulina. No hay duda.

PAUL. Sí?... Cree usted?...

BLAS. Cabal. Con la carta que escribieron á mi hijo para deshacer la boda. (Martina ha salido con un plato que pone á Teodoro.)

MART. Vaya! (Poniéndole en la mesa con mal humor.)

TEOD. Trae más pan.

MART. Otra? Si te se volviera rejalgar! (Aparte y yéndose.)

ESCENA II.

DICHOS.—DOÑA TELESFORA.

TEL. Buenos días.

ISAB. Hola! doña Telesfora.

TEL. Adios, Paulina. Cómo te sientes, hija? Por qué te hallo tan triste?

BLAS. (Calle! Qué interés?...)

TEL. Adios, Isabel; adios, primo; adios, Teodoro.

TEOD. Estoy ocupado. (Con la boca llena.)

TEL. Sí, ya lo veo. (Avestruz!) Y tú, cómo sigues? (A doña Isabel.)

ISAB. Así, así. Me siento tan impaciente... tan... que... vamos, necesito aire; mucho aire; porque hay momentos en que me dan ganas de... así... de dar bofetones...

TEL. Pues ahí tienes á tu marido.

BLAS. Eh? Cómo?

TEL. Pues! Para que te saque á paseo á tomar el aire que necesitas.

ISAB. Está muy distraido... muy inquieto con la carta que ayer recibió.

BLAS. Esa es la palabra. Muy inquieto. Aunque bien pensado no debo estarlo. Claro. El padre de Paulina... Sí. Yo lo conocí; me nombró su tutor; mas por lo que hace á su madre, no ha existido. Esto es una farsa. Paulina no ha tenido madre nunca.

TEL. Primo, y cómo puede ser eso?

BLAS. Es verdad, soy un majadero. (Martina le trae el pan á Teodoro.)

TEOD. Trae más queso. (A Martina.)

MART. Que le va á dar á usted una indigestión.

TEOD. Que me dé, ea!

MART. Pues yo no tengo más que darle.

TEOD. Y yo te lo mando, que soy el amo.

MART. Usted no es nada todavía.

TEOD. Yo soy el mayorazgo! Ea, papá! Que me obedezca Martina! Que me traiga de almorzar, que me tiene muerto de hambre.

MART. Señora, diga usted que se ha comido media despensa.

TEOD. Embustera!

TEL. Y que tengas tan mal criado á tu hijo?

BLAS. Teodoro! Niño! A ver si entornas el pico.

TEOD. Pues que me...

BLAS. Silencio, ó voy alla. Cómo se entiende? A ver el muy...

TEOD. Eso es. Yo siempre lo pago todo.

BLAS. Almuerza y calla.

TEOD. No quiero. (Retirándose de la mesa enojado, sin levantarse de la silla, que arrastra consigo.)

TEL. Y se enoja! Habrá zangandungo semejante! Y este es el marido que quieres darle á Paulina! Qué disparate!

BLAS. Cómo disparate!

ISAB. Sí, sí. Doña Telesfora tiene razón. (Vivamente.)

BLAS. También tú?

PAUL. Ya se vé.

BLAS. Quién le dá á usted vela para este intierro? (A Paulina.)

MART. De modo y de manera...

BLAS. Vete á fregar los platos. Qué es esto? Me quieren aturdir entre todos? (Martina se va.)

TEL. No, sino decirte la verdad, darte buenos consejos. Yo he hablado con un antiguo amigo mío que ha sabido esta boda, y me ha dicho que te abra los ojos...

BLAS. Sí? Pues dile á él que se saque los suyos.

TEL. Eso es hablar por hablar.

ISAB. (A Blas.) Además... nuestro hijo puede encontrar otro mejor partido.. verdad, Teodoro?

TEOD. Yo quiero queso. (Mohino y murmurando.)

TEL. Ay! Qué Teodoro de mis pecados!

TEOD. Pues ya se vé! Yo amo á Paulina! Está usted? (De repente á Blas.)

BLAS. Lo oyen ustedes?

PAUL. Dios mío!

TEOD. Cáseme usted, padre.

BLAS. Sí, sí.

TEOD. Pero pronto, porque yo... en fin... como si digéramos que... sin embargo de... con todo...

BLAS. Calla, calla, hijo mío. Está entendido.

TEL. Sí. Tu elocuencia ha acabado de convencer á tu padre. (Estólidos!)

BLAS. Será tu esposo. No hay que hablar más del asunto (A Paulina.)

TEL. Si hay que hablar!

BLAS. Pero á tí, que te importa? Sabes que me va molestando tu pertinacia? Ea. Lo dicho dicho: y en cuanto al bergante que haya escrito esta carta...

ESCENA III.

DICHOS.—DON FÉLIX.

FEL. Dá usted permiso? (Dentro.)

PAUL. Ah!

BLAS. Adelante. Hola, don Félix. (A don Félix que sale.) Tanto bueno.

FEL. Señoras... señorita... (A don Blas.) Venía á ver si arreglabámos esas cuentas de provisiones. Mi coronel desea verlas para su aprobación, y...

BLAS. Con mucho gusto.

FEL. (Cielos! Paulina ha llorado...) Ya he hablado con doña Telesfora... (Bajo á Paulina.)

TEL. (Pasando por delante de los dos y diciéndoles al mismo tiempo por lo bajo.) (Disimulo.)

BLAS. Me has entendido? (Que habla bajo con Teodoro.)

TEOD. No señor.

BLAS. Habrá estúpido! Que... (Habla bajo.)

TEOD. Si no le entiendo á usted.

BLAS. Hombre, que... (Habla bajo.)

TEOD. Tampoco lo entiendo.

BLAS. (Dándole un empellón.) Aparta, porque si me dejo llevar de mi ira... No has oido que te decía fueses allá dentro á arreglar esas cuentas con don Félix?

TEOD. Toma! Y por qué no lo dice usted para que se entienda? Ah! Que Martina no quite todavía la mesa, que no he almorzado.

TEL. Qué os parece? (Aparte á Blas y á Isabel.)

ISAB. Qué?

BLAS. Quién? (A la par.)

TEL. Ese joven... Don Félix.

ISAB. Muy guapo.

BLAS. Muy feo. (A la par.)

TEL. Eh! Feo?

BLAS. Es decir... para hombre no es malejo.

TEL. Vaya una salida!

TEOD. Cuándo hay retreta? (A Félix.)

FEL. Qué se yo.

TEL. Pero y sus cualidades? Qué te parecen? (A Blas.)

BLAS. Oh! Excelentes! Es un buen oficial... honrado... pero (Los dos amantes se hacen señas; don Félix, cuando Teodoro mira á Paulina; ésta cuando Teodoro mira á Félix.) no tiene un cuarto.

TEL. Sí, honrado, valiente.

BLAS. Pero no tiene un cuarto.

TEL. Generoso.

BLAS. Mucho, pero no tiene un cuarto.

TEL. De modo, que si por ejemplo pidiese la mano de Paulina...

PAUL. Cómo? (Acudiendo.)

ISAB. De veras?

BLAS. Qué desatino!

ISAB. Explícate. (A doña Telesfora.)

TEOD. Pero, qué ocurre? (Acudiendo.)

BLAS. Nada, nada. Don Félix, puede usted pasar al despacho con mi hijo. Anda, Teodoro. Ya sabes...

TEOD. Sí, sí; vamos?

FEL. Al momento. (Se va con Teodoro.)

TEL. Yo también voy á hablar un rato con Paulina.

BLAS. De qué?

TEL. De mi pobre perro. Ahora solo me consuela su memoria. No te apures. Aún no hay que perder la esperanza. (Aparte á Paulina yéndose con ella.)

ESCENA IV.

BLAS.—DOÑA ISABEL.

BLAS. (No sé por qué desconfío de Telesfora.)

ISAB. En qué estás pensando?

BLAS. Yo? En nada.

ISAB. Es imposible. Algo te bulle en la imaginación.

BLAS. Te digo que no tengo imaginación en este momento.

ISAB. Pues debieras reflexionar en los consejos de Telesfora.

BLAS. Otra vez? Esto es para darse uno con la cabeza en las paredes... si no se hiciera daño.

ISAB. Pero, vamos... sé amable, Blasito. No conoces que los chicos no se aman?

BLAS. Mejor.

ISAB. Cómo mejor.

BLAS. Sí, mejor. Los matrimonios ardientes salen siempre mal.

ISAB. Eso es una pulla. Es eso decir, que porque nos casamos por amor, te va muy mal conmigo! Ay! Ya me he puesto peor... Ya siento latidos...

BLAS. Pero, quién ha pensado?...

ISAB. Tú no me quieres, Blas.

BLAS. No, hija mía, al contrario.

ISAB. Blas, tú no quieres á tu esposa.

BLAS. Dále!

ISAB. Ay! A mí me va dar el ataque.
BLAS. No, por la vírgen! No rompas el fuego!
ISAB. Te burlas de mi dolor?
BLAS. Cá! Puedes figurarte...
ISAB. Buff! Qué calores me suben! Ves á lo que das lugar, ingrato?
BLAS. Vamos, vamos, tranquilízate. Si yo te amo, Isabelita. Mira... No te pongas mala. No, no, que estoy muy ocupado, y me falta tiempo para cuidarte. Anda, (Cojiéndola de la mano.) que te haga Martina una taza de tila... con esto, y con un tierno abrazo de tu esposo, verás qué buena te pones. (La abraza.)
ISAB. Pero se casarán los chicos?
BLAS. Ahora la taza de tila.
ISAB. Pero los chicos...
BLAS. Sí, sí. La taza de tila! (Empujándola dulcemente hácia dentro.)
ISAB. Ah! (Con pena yéndose.)
BLAS. (Solo.) Firmeza. Unase Teodoro con la taza de ti... Uf! Qué distracción! Unase Teodoro con Paulina, y sálvese así mi honor de tutor, que no está muy limpio qué digamos.

ESCENA V.

DICHOS.—TEODORO.—DON BRUNO un poco acicalado.

TEOD. Viene usted, papá? (Apareciendo á la puerta de la derecha.)
BLAS. Has ajustado ya con don Félix la taza de ti... Dale! Las cuentas de provisiones?
TEOD. Si no sé como se hacen.
BLAS. Maldito! Y ahora me sales con eso?
BRUNO. Se puede? (Apareciendo en la puerta del fondo.)
BLAS. Quién es? Calle! El Memorialista de enfrente!
TEOD. El vejete que nos cambió los sombreros? (Saliendo.)
BRUNO. Sí señor. Quiere usted por ventura sostener una carga de mojicones? (Saliendo.)
BLAS. Bien lo merece usted.
BRUNO. Poco á poco. Yo vengo de paz... (Mirando alter-

BRUNO. Pero si no sé nada.

ESCENA VI.

DICHOS.—DOÑA ISABEL.—PAULINA.—DON FÉLIX.—MARTINA.

ISAB. Qué sucede? Parece que se hunde la casa.
BLAS. Que ya he descubierto el autor de esa infame carta.
ISAB. (Cielos!) Cómo! Esplícate.
BLAS. Aquí lo tienes. (Señalando á Bruno.)
FEL. Usted?
BRUNO. No señor. Este hombre está loco. No le hagan ustedes caso.
FEL. Pero sepamos de una vez. (Teodoro se sienta á comer.)
BLAS. Pues eso es lo que yo quiero; pero el pícaro se obstina en callar.
ISAB. Bien! (Bajo á Bruno.)
BRUNO. Eh?
TEL (Sale.) Qué voces son éstas?
BRUNO. Calle!
TEL. Qué veo!
BLAS. Por qué te turbas al hallar aquí á este hombre?
TEL. Yo? De ira.
ISAB. Siga usted guardando silencio, y le ofrezco media onza. (A Bruno.)
BRUNO. (Eh!) Media onza! (Muy alto.)
BLAS. Cómo!
BRUNO. Uf! (Llevándose el dedo á los labios.)
BLAS. Vaya! Habla. (A Bruno.)
BRUNO. (Hum! Conque la incógnita era...)
TEL. De qué se trata? (A Bruuo.)
BRUNO. Hum!
BLAS. Se trata de que este truhán es quien ha escrito la carta que Paulina ha recibido, haciéndonos creer que es de su madre.
TEL. Es posible! Luego él sabe...
BLAS. El es el inventor de esa farsa.
ISAB. Y por qué ha de ser farsa?
BLAS. Porque no hay tal madre.

TEL. Qué sabes tú?

BLAS. Eso es decir que tú conoces el misterio?

TEL. Lo que conozco es, que esa boda no puede verificarse.

BLAS. Yo lo mando, y se verificará.

TEL. Tú eres un déspota.

BLAS. Yo soy el amo de mi casa.

TEL. Eso equivale á echarme de ella.

FEL. Vamos, vamos.

BLAS. Tómalo por donde quieras.

ISAB. Pero esposo...

PAUL. Pero señor!

TEL. Eres un grosero, un... Acompáñeme usted, don Felix. No quiero estar más aquí. (Se agarra del brazo de don Felix.)

PAUL. Y me deja usted abandonada á su furor? Oh! Yo la sigo. (Se agarra del brazo de Telesfora.)

BLAS. Cómo se entiende! Te revelas?

ISAB. Tú das lugar á ello.

BLAS. Chito. Retírese usted á su cuarto. Ea! Ya me cansé de contemplaciones.

ISAB. Y así respondes á tu esposa?

TEL. Vámonos, porque no hay paciencia para sufrirlo.

ISAB. Esperad. (Se agarra de Paulina.) Yo también quiero salir de aquí.

BRUNO. Y yo. (Se agarra de Isabel.)

MART. Y yo. (Se agarra de Bruno.)

BLAS. Una insurrección, eh? Declaro la casa en estado de sitio.

FEL. Vámonos. (Tirando de los demás.)

BLAS. Eh! Don Felix, una palabra.

TEL. Nada escucho. (Andando con todos á remolque dá veltas á la escena.)

BLAS. Pero un instante...

BRUNO. Ay! Que me caigo!

TEL. Que me mareo!

BLAS. Señor don Félix!

BRUNO. Uf! (Cayendo al suelo.)

BLAS. Teodoro, agárralo.

TEOD. Quieto ahí. (Amenazando á Bruno que permanece en tierra.)

TEL. Que me dan náuseas! (Entran todos los que se agarraron escepto don Bruno, por la puerta derecha.)

BLAS. Síguelos, y dame cuenta de sus planes. (Teodoro entra también.)

ESCENA VII.

BLAS.—DON BRUNO, que se levanta.

BRUNO. Voto al moro Majamet.

BLAS. Ahora nos toca á los dos, señor Bruno.

BRUNO. Sí! Pues eche usted por esa boca, señor Blas.

BLAS. No me falte usted al respeto. (Alzando el puño.)

BRUNO. Chiss! Cuenta, que yo sé jugar al trompis... como lo prueba el apabullo de ayer.

BLAS. Hum! (Mirandole de reojo y con ira.)

BRUNO. Huuuum! (Idem.)

BLAS. Huum!

BRUNO. Vaya! Dejemos esta actitud perruna, y entendámonos de nna vez.

BLAS. Sí? Pues escucha, viejo marrullero. Ahora vas á quedarte aquí encerrado, y yo corro á llamar al celador del barrio.

BRUNO. Eh! Al celador?

BLAS. Sí. Para que te haga confesarlo todo. Oh! El te obligará á ello; pierde cuidado.

BRUNO. (Esto es peor todavía.) Pero hombre... hombre... usted quiere perderme?

BLAS. Pues haz lo que yo te mande, si no quieres lleve á cabo mi amenaza.

BRUNO. Corriente. Pero qué debo hacer?

BLAS. Una vez que tan bien escribes las cartas anónimas, vas á escribirme una con la misma letra que la que ha recibido Paulina, y diciéndola en ella que se case cuanto ántes con mi hijo Teodoro.

BRUNO. Lo contrario de la otra!

BLAS. Cabal. En el ínterin, voy á cierto negocio. (Y á llamar al celador.) Adios. A mi vuelta ha de estar concluida la carta; si no...

BRUNO. Pero es que .. (Siguiéndole. Blas se va y cierra la puerta por fuera.) Bravo! Y me deja encerrado!

ESCENA VIII.

DON BRUNO, solo.

Y me encierra! Caramba! Pues eso del celador del barrio me dá mucho en que pensar. Ya! Pero si digo lo que sé, no me gano la media onza que la esposa de este estafermo me ha ofrecido! Qué demonio! Conque mi incógnita era nada menos que la esposa del estafermo! Conque aquí hay tapujo?

Quién pensára, quién dijera, (Canta.)
que me habías de engañar!

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL, que sale misteriosamente y se le pone delante á DON BRUNO.

ISAB. Héme aquí.

BRUNO. Eh? (Sorprendido.)

ISAB. Silencio! (Con mucho misterio.)

BRUNO. Chis! (Idem.)

ISAB. Y mi marido? (Muy bajo.)

BRUNO. Pss! Se afufó. (Idem.)

ISAB. Cerremos la puerta. (Lo hace.)

BRUNO. (Qué afición tiene á cerrar puertas esta buena señora! Calla! Y cierra por dentro.) Pss! Eh! Si han echado la llave por fuera. (Bajo.)

ISAB. Señor don...

BRUNO. Bruno Alcaparra.

ISAB. Pues bien... señor don Bruno... usted no me ha reconocido sin duda.

BRUNO. Tá, tá, tá, tá, tá! A cien leguas.

ISAB. Pero no me habría usted hecho traición?

BRUNO. Señora, un hombre como yo, no comete esa falta cuando median personas que .. ofrecen ocho duros porque no chiste.

ISAB. Los tendrá usted.

BRUNO. (Esto quiere decir que no me los dá todavía.) Señora... usted comprenderá que hay circunstan-

cias... Pues! Y que sobre todo, cuando quiere su marido de usted meterme en chirona, vulgo el Saladero .

ISAB. Mi marido? Sería capaz?...

BRUNO. Sí; es muy bárbaro; no lo dude usted.

ISAB. Caballero!

BRUNO. No; si él no lo puede remediar. Ha nacido así.

ISAB. Pero usted no declarará nunca que yo le he dictado esa carta?

BRUNO. Eso será según y conforme.

ISAB. Ah! Mi honor está en sus manos.

BRUNO. Sí! Pues en buenas manos está el pandero.

ISAB. Ah! Por favor! Sálveme usted de cualquier modo, y yo le ofrezco... Yo le ofrezco tres onzas de gratificación.

BRUNO. Tres onzas! Cuarenta y ocho duros! Novecientos sesenta reales...

ISAB. Suyos son si no me descubre, y si acepta la responsabilidad de este grave asunto.

BRUNO. Pero... hablemos claro. Esa niña es hija de usted?

ISAB. Sí. Hija mía y de mi primer marido. Pere yo fuí amada, y amé ántes á don Blas. Mi familia me llevó á América; tuvimos que separarnos y nos juramos amor y constancia eterna; pero mis padres me obligaron allí á dar á otro hombre mi mano. Murió á los seis meses.

BRUNO. Resquiescat.

ISAB. Y al año mis padres.

BRUNO. Cáspita! y qué modo de morir de gente!

ISAB. Les acometió una enfermedad mortal.

BRUNO. Ah! Entónces no tenían cura.

ISAB. Ya viuda, volví á España. Don Blas lo supo y me escribió reclamando mi promesa, pero advirtiéndome que si eran ciertas las voces que corrían sobre mi boda, no se casaría conmigo.

BRUNO. Ya! No quería ser plato de segunda mesa.

ISAB. Yo, que lo amaba tiernamente...

BRUNO. Hay gustos que merecen palos. Adelante.

ISAB. Le contesté que era cierto que había estado casada, pero le oculté que tenía una hija. El, después de mil ruegos, accedió á nuestro matrimo-

nio, y yo puse á Paulina bajo la custodia de un amigo, que pasó por su padre; que fué el depositario de su caudal, y que al morir la dejó, de acuerdo conmigo, bajo la tutoría de mi esposo, logrando yo así tenerla á mi lado. Ya lo sabe usted todo. Si Blas se apercibe de este engaño!... Oh! En su carácter sería capaz de abandonarme, de... Comprende usted ahora por qué es imposible qne Paulina se case con Teodoro, que es su hermano? Comprende usted mi posición? No se le eriza á usted el cabello?

BRUNO. No. Gasto peluca.

ISAB. Ya se vé! Blas se empeña en esa boda, porque ha derrochado en locas especulaciones parte de la fortuna de Paulina, y teme el momento de dar cuentas de su tutoría. Y como con su hijo no tiene ese temor!

BRUNO. Sí. Entre dos que bien se quieren, con uno que coma basta.

ISAB. Chito.

BRUNO. Cómo!

ISAB. Es ella! Es mi hija! Ah! Que no comprenda... no sé cómo resistir á tantas emociones!

BRUNO. Trae usted ahí el vidrillo por si acaso?...

ISAB. Calle usted.

ESCENA X.

DICHOS.—PAULINA.

PAUL. Estaba usted aquí, doña Isabel? Perdone usted si la interrumpo...

BRUNO. Ca! No. Al contrario. Pues si precisamente...

ISAB. Chis! (Bajo á Bruno.)

BRUNO. «Si Paulina me mira enojada...» (Distraido.)

ISAB. Precisamente estaba insistiendo en que el señor se explicára de una vez, en que me dijese el nombre de la persona que le dictó esa carta.

PAUL. Mi madre! Ah! Sí; nómbrela usted, caballero. Yo quiero conocerla.

BRUNO. Quiere usted... Pobrecilla! (Aparte á Isabel.) Casi estoy tentado por...

ISAB. Quiere usted perderme? (id.)

PAUL. Ah! Yo se lo pido por lo más sagrado! Dónde está mi madre? Considere usted que me hallo sola en el mundo, que me quieren hacer desgraciada por toda mi vida! Ah! Si mi madre estuviese á mi lado, yo me salvaría, yo sería feliz!

ISAB. Oh! oh! (Llorando.)

BRUNO. Pst! Pst! (Id.)

PAUL. Usted se conmueve!

BRUNO. No. Pst! (Llorando.)

PAUL. Veo lágrimas en sus ojos.

BRUNO. Ca, de frío! (Id.)

PAUL. Por piedad! Hable usted. Mire usted que la pena me está ahogando! Que... que... ah! (Se desmaya.)

BRUNO. Cielos! Se desmaya! (Sosteniéndola en su brazo izquierdo.)

ISAB. Paulina! Ay! Yo me afecto!

BRUNO. Desaféctese usted por la Vírgen! Saque usted el cachirulo.

ISAB. Ay, ay!

BRUNO. El tarro, el cachibache! (Todo esto á un tiempo.)

ISAB. Ay!

BRUNO. El chirin...

ISAB. Ah! (Desmayándose.)

BRUNO. Adios! Ya cayó! (Sosteniéndola con el brazo derecho.) Y qué hago yo con estas mujeres! (Llaman por fuera.) Anda! Y llaman ahora!

BLAS. Abra usted. (Dentro llamando.)

BRUNO. Con la cabeza. (Gritando.)

BLAS. Abra usted, digo.

BRUNO. Abra usted, abra usted! Como que se le figurará que es tan fácil!

ESCENA XI.

DICHOS.—TEODORO.—DON BLAS.

TEOD. Ay! Que me duele la tripa!

BRUNO. Otro?

TEOD. Yo tengo cólico!

BRUNO. Tal se ha atracado el muy bárbaro.

TEOD. Qué veo!

BRUNO. Ayúdeme usted.

TEOD. Ay, ay! que me duele la espalda también...

BRUNO. Calle! También le dá cólico en la espalda! Cáspita! Que pesan demasiado! Llame usted á alguien, hombre de Dios.

BLAS. No hay quién abra? Voto á sanes! (Dentro, dando golpes.)

BRUNO. No hay nadie.

TEOD. Papá! (Abriendo; sale don Blas; Teodoro se deja caer en sus brazos.)

BLAS. Porque se me...

TEOD. Yo estoy muy malo!

BLAS. Qué es esto?

BRUNO. Venga usted á apuntalar este edificio.

ISAB. Ay! (Volviendo en sí.)

BLAS. Aparta! (Rechazando y echando á su hijo fuera: Teodoro se va.)

PAUL. Ay!

BRUNO. Ya se van animando.

BLAS. Pero, qué demonios es esto?

ISAB. Mi marido! (Huye y se entra en su cuarto.)

PAUL. Mi tutor! (Idem.)

BRUNO. Chis! Ya volaron.

BLAS. Las dos desmayadas.

BRUNO. Justo.

BLAS. Pues estoy divertido, como hay Dios! Y usted... Vamos á ver... Por qué había cerrado por dentro?

BRUNO. Toma! Y usted, por qué había cerrado por fuera?

BLAS. Eso me indica que aquí se tramaba un complot. Que esos desmayos eran para disimular. Oh! Pronto el celador del distrito, y...

BRUNO. Y qué? Qué morisquetas me está usted haciendo con tal celador? Que venga.

BLAS. Ya, ya le verás pronto la cara.

BRUNO. Para qué? Siempre será tan fea como la tuya!

BLAS. Cómo! Me faltas al respeto?

BRUNO. Sí. Estoy al corriente de todo. Sé tus ma-

Que venga el celador. Yo le diré que quieres casar al estúpido de tu hijo, para no tener que dar cuentas claras de la tutoría de Paulina, cuya dote has derrochado.

BLAS. Eso no es verdad.

BRUNO. Sí, es verdad.

BLAS. Cielos! Y quién ha podido decirte?...

BRUNO. Ella.

BLAS. Paulina?

BRUNO. No, ella.

BLAS. Pero, quién es ella?

BRUNO. Ella.

BLAS. Su madre!

BRUNO. Eh? Su...

BLAS. Te has turbado! Eso indica que has visto á su madre!

BRUNO. Sí.

BLAS. Luego está en esta casa?

BRUNO. Sí. (Uf! Qué es lo que he dicho?)

BLAS. Esa mujer en mi casa? En dónde se oculta?

BRUNO. (Cómo enmendar...)

BLAS. Habla.

BRUNO. No la busques. Yo me opongo! Yo la defiendo!

BLAS. Tú! Luego tú tienes que ver con ella?

BRUNO. Sí. (Uf! Qué lío!)

BLAS. Tú! Tú!

BRUNO. Cabal.

BLAS. No importa. Ni tú ni ella pueden impedir que Paulina se case con mi hijo. Su padre me lo encargó al morir.

BRUNO. Mientes! El que te la encargó no era su padre.

BLAS. Querrás probarme que su padre eras tú?

BRUNO. (Ya me enredé más!)

BLAS. Habla. Eres tú su padre?

BRUNO. No lo sé.

BLAS. Pero lo sabrá su madre?

BRUNO. Según y conforme.

BLAS. Dónde está? Quién es esa mujer? Responde pronto. En esta casa no hay más mujeres que Isabel...

BRUNO. No es esa.

BLAS. Ya lo supongo, mentecato.

BRUNO. (Pues supones mal, alma de chopo.)

BLAS. Mo caigo... no atino... Si será mi esposa?

BRUNO. (Vuelve otra vez! Es preciso desvanecer su sospecha!) Le digo á usted que no. (Volvamos á tratarle con respeto.)

BLAS. Quiero interrogarla...

BRUNO. Dale! Si no es ella. (Cómo quitarle esta idea!)

ESCENA XII.

DICHOS.—DOÑA TELESFORA.

TEL. Lo mismo te digo á tí que á tu padre. Esta boda no se verificará.

BLAS. Ah! Qué rayo de luz! Telesfora...

BRUNO. Cómo!

BLAS. O Isabel.

BRUNO. No, no.

BLAS. Entónces es esta.

BRUNO. (Salvemos á la otra y mis tres onzas.)

BLAS. Es?

BLAS. Chiss! (Con misterio.)

BRUNO. (Así como así le tengo tirria á esta vieja desde ayer.)

TEL. Con que ya te dije que... (A Blas.)

BLAS. Señora doña Telesfora... (Gravemente.)

TEL. Calle! Qué tono!

BLAS. Mi señora doña Telesfora! Muy señora mía y dueña.

BRUNO. Me alegraré que al recibo de estas cortas líneas... (Continuando como si escribiera una carta.)

BLAS. Quítese de enmedio. (Empujándole.)

BRUNO. Pero si está usted notando una carta.

TEL. Qué tienes, hombre?

BLAS. Hubo un tiempo en que la creí modelo de circunspección, y... Mire usted aquí... Mire usted á quien tengo á mi lado. (Con sarcasmo.)

TEL. A este hombre? Ay! Sólo al verle se despierta en mi alma el más doloroso recuerdo.

BRUNO. (Ya! El pinchichi!)

BLAS. Y lo confiesa! Esto es inaudito!

TEL. Por qué no? Pues qué, puedo yo soportar el

verme separada del objeto más querido de mi alma? Y el pensar siquiera que lo hagan víctima de...

BLAS. Basta. Ahora comprendo por qué era tu oposición á la boda!

TEL. Eh?

BRUNO. (Toma canela.)

BLAS. Pero la madre que ha dejado por tanto tiempo abandonada á su hija, no tiene derecho para decidir de la suerte de ésta.

TEL. Qué jerigonza!

BLAS. La justicia se va á enterar de todo ahora mismo.

TEL. La justicia!

BLAS. Quédate... quédate con ese hombre... Con ese infame!

BRUNO. Cuenta con lo que se dice!

BLAS. Y ya que tuviste el mal gusto de hacerle caso...

TEL. Blas, qué significa?

BLAS. Ya que te sedujo...

TEL. Deslenguado!

BLAS. Sigue su suerte! No prescindas de él como has prescindido de tu hija; no lo dejes como hasta aquí abandonado, porque te quitará por ahí el pellejo, como acaba de hacerlo.

TEL. A mí? Pues de qué se trata? Qué embrollo es este?

BRUNO. Ingrata! Te olvidas ya de mi amor! De tu hija Paulina! De tu...

TEL. Ah! Pícaro, embustero! (Se le abalanza.)

BRUNO. Favor! Socorro!

BLAS. Calle! Era una mentira?

BRUNO. Que me araña! Cómo salgo de esta ahora? Ah! (La agarra, la mete en un cuarto y echa el cerrojo.)

TEL. Judío!

BRUNO. Adentro.

TEL. Ah!

BLAS. Arás, vil trapalón! (Deteniendo á Bruno que quiere salir.) Falsario!

BRUNO. También tú? (Asiéndolo y llevándolo también al cuarto donde metió á Telesfora.) Pues adentro.

BLAS. A la guardia!

BRUNO. Adentro. Ea! Ya toqué á somatén! (Lo encierra.) Ya entré á saco en la fortaleza. (Comiéndose lo que hay en el velador.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—DOÑA ISABEL.—TEODORO.—MARTINA.—PAULINA.—FÉLIX.—DON BLAS.—DOÑA TELESFORA.

ISAB. Qué voces!... Qué... Ah! Dígame usted, dónde está mi esposo? Pronto.

BRUNO. Su esposo de usted? (La agarra de la mano y la lleva hacia el cuarto.) Venga usted conmigo.

ISAB. Cómo?

BRUNO. Adentro. Ya van tres. (La encierra.)

FEL. Y doña Telesfora? Quiero decirle que el notario...

BRUNO. Doña Telesfora? Aquí. Sígame usted. Entre usted pronto. Ya van cuatro. (Lo encierra; suenan voces de riña dentro del cuarto.) Anda! La que se ha armado entre ellos! Parecen gatos y perros metidos en un saco!

TEOD. Padre! Padre!

BRUNO. Hijo de mis entrañas! (Lo agarra.)

TEOD. Qué intenta usted?

BRUNO. Nada, modelo de inocencia (y de bestialidad.) Ya van cinco. (Lo mete en el cuarto. Las voces se aumentan.)

PAUL. No sabe usted lo que sucede? (Saliendo con Martina.)

BRUNO. Yo?

PAUL. Soy completamente feliz. Doña Isabel es mi madre. Ella misma se ha descubierto al ver llegar al celador y al notario.

BRUNO. Qué oigo!

BLAS. No, no perdono. (Dentro del cuarto.)

ISAB. Esposo!

FEL. Si ya no tiene remedio.

PAUL. Cielos! Qué dicen?

BRUNO. Que ya no tiene remedio. Claro... si hace veinte años que nació usted.

MART. Pero abra uted. (Abre.)

BRUNO. Uf! (Escondiéndose debajo de una mesa.)

BLAS. Conque era tu hija! Y tú me engañabas hasta el punto... con que usted se quiere casar con ella!... Con que...

BRUNO. Conque se arregló todo?

BLAS. Ah! Bribón!

FEL. Vaya! Conténgase usted. Qué culpa tiene don Bruno de nada de esto?

BLAS. Habla! Ya que soy tan bueno de corazón, que á todos perdono, que caso á don Félix, y que no te rompo las costillas, dí al menos...

BRUNO. Me debe usted media onza. (Aparte á Isabel.) Ya se vé que diré. Diré que...

Los errores perdonad (Al público.)
del pobre memorialista.
Nadie á mi ruego resista.
Señores!... Tened piedad.

FIN DE LA COMEDIA.

